II DOMINGO DE PASCUA-B

El evangelio de hoy nos presenta la figura del apóstol Tomás, uno de los Doce. ¿Por qué aparece en este domingo II de Pascua? El texto dice que ocho días después que Jesús se apareció en la tarde del primer día de la semana (domingo), estaban todos los discípulos reunidos en la casa. Hacía una semana de la pasión, muerte y resurrección de Jesús, pero todavía ninguno de los discípulos estaba en condiciones de dar testimonio de ello. Pienso que el corazón humano no puede digerir tantas cosas en tan poco tiempo. No es fácil decantar ni encontrar luz en medio de situaciones que no se comprenden. Justamente por eso aparece Tomás.

No nos apresuremos a catalogarlo ni a decir si era creyente o no. Prestemos atención a un detalle: Tomás no pide abrazar, ni ver el rostro de Jesús; él pide ver y tocar los signos de la pasión y muerte de Jesús, es decir, sus llagas y su costado. Él pide tener contacto con las heridas de Jesús. De algún modo, Tomás se siente identificado con ellas, quizás porque estas heridas le han tocado el corazón. O quizás porque él ya tenía interiorizado que su Mesías es ese que estuvo en la cruz. Pero todavía miraba todo desde lejos, todavía su opción de vida no estaba purificada del todo. Le faltaba dar pasos, le faltaba dejar de lado sus esquemas y sus lógicas para dejarse llevar por el modo de Cristo.

Necesitaba ver y tocar porque no le alcanzó el tiempo que estuvo tan cerca de Jesús. No le alcanzó haber comido y bebido con Él, haber compartido tantas charlas, haber caminado con Él, haber visto tantos y tantos milagros…No le alcanzó. Y eso que era del grupo predilecto, por decirlo de algún modo. No necesitaba contactos para llegar a Jesús y tener un encuentro personalizado, porque él tenía acceso a la “agenda” cotidiana de Jesús. Entonces, si quien estuvo tan cerca de Jesús no creía que había resucitado, si quien tuvo el privilegio de compartir la vida terrena nada más y nada menos que con el Hijo de Dios, no tenía fe ¿qué se puede esperar de quien jamás en su vida ha escuchado el nombre de Jesús?

El problema de Tomás, sobretodo, no era que no creía en Jesús, sino que no creía en sus amigos, es decir, en su comunidad, en la Iglesia. Cuando uno ama a una persona, no pone en tela de juicio lo que le cuenta o le dice, sino que acepta con agrado sus palabras y confía que son verdaderas. Quien ama, confía. Tomás no cree en su comunidad, no se fía de ella, no cree en sus palabras. Por lo tanto, su desconfianza habla de una falta de amor. “¡Hemos visto al Señor!”, le dijeron sus hermanos de comunidad. ¿Por qué no le bastó lo que sus hermanos le dijeron? ¿Por qué no unirse a la alegría de los otros? ¿Por qué no recibir el testimonio o la experiencia de fe de los demás? Quizás todavía no había una verdadera comunidad: era necesario el envío del Espíritu Santo para fortalecer los vínculos, para unificar los corazones.

Jesús le dice a Tomás “no seas incrédulo, sino hombre de fe”. La propuesta de Jesús no se basa en ver o no ver, sino en confiar en su Palabra y dejarse transformar por Ella. La propuesta es estar abierto a Dios y no proponer nosotros un plan de auto-salvación. Al decirle que sea un hombre de fe, significa un hombre de Iglesia, porque la fe no se vive solo sino en comunidad. Cristo está en la Iglesia y es ahí donde lo vemos y lo tocamos diariamente. Sino ¿para qué una última cena? Jesús está verdaderamente en la comunidad que celebra la Pascua todos los días. Es real!!! La Eucaristía es verdaderamente Jesús: es una persona, no una cosa. Tenemos un contacto físico y espiritual y con Jesús. Cuando comulgamos, lo tocamos con la mano o con la lengua, lo comemos, lo escuchamos en su Palabra. Entonces no somos esos “felices los que no han visto y han creído”. Nosotros somos Tomás, porque tenemos la posibilidad de ver y tocar a Jesús y seguimos sin creer, seguimos sin amor a los demás, seguimos en la nuestra. Rápidamente nos ubicamos en esos “felices”, como si ya tuviéramos todo resuelto. En el texto griego, los verbos están en tiempo pasado: “dichosos aquellos los que no habiendo visto, los que no han visto y han creído”. ¿Quiénes son esos dichosos? Son los profetas, que anunciaron al Mesías y no lo conocieron, pero creyeron en Él. Abraham, Jacob, Moisés, es decir, aquellos que creyeron en la promesa de Dios.

Nosotros, todavía estamos en camino: nos falta creer que Jesús está en el hermano, a quien vemos y tocamos todos los días. El tema está en ¿cómo vemos y tocamos? No me refiero a dar besos y abrazos, y menos hoy que estamos en un tiempo tan complicado que nos aqueja a todos. Con nuestras palabras y miradas podemos tocar con caridad o con malicia. Las heridas del otro, son las heridas de Jesús, el sufrimiento de los demás es el sufrimiento de Jesús. Si no veo y no toco a Jesús, es porque todavía no sé verlo y tocarlo en mis hermanos.